

Parque reciclado Tras permanecer 17 años cerrado, el parque de atracciones de Artxanda, de la capital de Vizcaya, muestra sus ruinas a un público elegido

Bilbao, Coney Island

ANDREA VALDÉS

Tras permanecer 17 años cerrado, el parque de atracciones de Artxanda muestra sus ruinas como parte del proyecto artístico *¡Vuelven las atracciones!* Hasta ahora lo han visitado 500 elegidos, y 600 personas más están en lista espera.

Pero antes paseemos entre las verdosas y desconchadas paredes del antiguo hospital del Tórax de Terrassa. Allí se han rodado varias películas: *El maquinista*, *Frágiles*, *Los sin nombre...* Parte de los decorados siguen ahí, abandonados a su suerte. Es inquietante pasearse por un hospital medio derruido cuyo pasado está tan alejado de los platós de cine, y toparse con escenarios que pertenecen a otras historias, también muertas...

Tan inquietante como visitar un parque de atracciones en ruinas, lo que nos lleva al Bilbao de 1974. Allí, sobre el monte Ganguren, es donde se inauguró un vastísimo complejo con atracciones, anfiteatro, piscinas y zoo. Por su capacidad, sabemos que no sólo se concibió como un espacio de ocio para las clases trabajadoras, sino también como un punto de atracción turística. Sin embargo, con el tiempo, el parque no cumplió con las expectativas y en 1990 cerró sus puertas. Se llevó a subasta en 2002, pero nadie pujó por él. Hoy, además de dar cobijo a murciélagos y ratones, sirve de almacén para la diputación de Vizcaya.

Entre los hehechos, se distinguen marquesinas de autobús, neumáticos viejos... material inservible. Sin embargo, el pasado octubre, 17 años después de su cierre, la productora artística Consonni consiguió reabrir sus puertas durante un mes. De las 480 plazas ofertadas se vendieron todas. "Ahora hay otras 600 personas en lista de espera y dudo de que puedan acceder a él. De todos modos, hemos registrado su demanda para dejar constancia" comenta María Mur, directora de Consonni.

Pero ¿qué encanto puede tener un parque de atracciones en ruinas par tanta gente?

De entrada, no se trata del típico parque de atracciones. Hay una combinación insólita de referencias. Garikoitz, uno de los guías nos lo explica: junto a Blancanieves, la reserva de indios y demás parafernalia yankee, "están los primeros rótulos en bilingüe y el Basajaun (personaje mitológico vasco)". También es llamativa la flora del lugar porque "plantas no autóctonas, que se pusieron de forma decorativa, han crecido descontroladamente hasta hacerse con el interior de algunos edificios", además de "la mezcla de estilos arquitectónicos". Destaca el brutalismo.

Es más, si uno observa fotografías del parque, comprobará que su atmósfera se asemeja más al escenario posnuclear de *Zones Of Exclusion* de Robert Polidori, que a la visión romántica y circense con la que solemos asociar esta clase de espacios. Pero eso no es todo. El que la entidad responsable de las visitas guiadas sea Consonni, en colaboración con la artista Saioa Olmo, añade al asunto otra singularidad: "Más que hacer hincapié en el componente nostálgico pensamos que estas visitas serían una oportunidad para reflexionar sobre lo espectacular y las ruinas y el cambio que ha experimentado Bilbao. Por eso, el proyecto tiene el formato que tiene. Aunque somos conscientes de que a la gente le gustaría pasearse libremente por el parque, nos pareció interesante el contraste de hacer una visita guiada a una ruina contemporánea. Estamos muy acostumbrados a acudir a lugares como el Partenón donde ni siquiera nos muestran lo que realmente fue, sino reproducciones, así que volver a un sitio que ya no nos habla de nuestros antepasados sino de nosotros mismos, mostrándolo tal y como está, nos pareció muy significativo. Y más en la actualidad, con esa obsesión que tie-



La atmósfera del parque se asemeja más a un escenario posnuclear que a la visión romántica y circense con la que solemos aso-

ciar esta clase de espacios. El diseño futurista se completa con viejos carteles, animales míticos y plantas insospechadas

El parque abandonado fue un primer paso en la transformación de Bilbao, consumada con el museo Guggenheim

nen las ciudades por limpiarlo todo, y asociar la belleza a la pulcritud". En este sentido, resulta paradójico que en el Bilbao de los grandes proyectos, el de Philippe Starck y Zaha Hadid, gane interés "un lugar que representa el espectáculo pero que en plena ruina, se niega a sí mismo, niega el espectáculo", según nos indica el guía.

María Mur, sin embargo, puntualiza: "Tampoco es que reivindicásemos el feísmo. En los 70, Bilbao conoció el esplendor económico, pero la ría olía mal y era una ciudad gris. Era necesario un cambio. Sin embargo, no hay que pasar por alto lo bueno de aquel periodo. Sobre todo en esta ciudad, que a diferencia de otras, jamás reivindicó la belleza de la industria pesada".

Es posible que la grave crisis que conoció en la década posterior tuviese algo que ver. En los 90, ante la necesidad de dar otra salida a su economía, Bilbao empezó a cambiar. De ser una ciudad industrial pasó convertirse en una ciudad de servicios. Cabe decir que este proceso no es un caso aislado. En Berkeley (California) existe el Shrinking Cities Group, grupo de investigación centrado en la difícil reconversión de ciudades como Detroit, Manchester o Johannesburgo. Curiosamente, Bilbao con su Guggenheim, aparece en el mapa como un ejemplo de revitalización urbanística. "Es cierto. Pero si en 1997 el museo surgió con una vocación cultural ahora no sé si podemos decir lo mismo. Es más un acontecimiento turístico. Lo curioso es que el parque de atracciones de Artxanda, con su sistema de entrada única, sus carteles que nos prohíben acceder al recinto con comida de casa, y su ausencia de fuentes para inducir a la gente a sentarse en una cafetería y consumir, es un primer paso hacia esa sociedad del ocio y espectáculo que representa el Guggenheim. Por eso me pareció una coincidencia muy afortunada el que su reapertura coincidiese con el décimo aniversario del museo".

Y es que desde sus ruinas, Artxanda nos confirma lo que el Rem Koolhaas escribió en su momento sobre Coney Island, ese laboratorio de sensaciones entendido como "un Manhattan embrionario". ¿Será cierto que las ciudades tienden a convertirse en un parque de atracciones gigante? |